

aquello que antes parecía interés y amor al progreso de la población, cree hoy que no hay otro fin que el de enriquecerse á costa de los intereses comunales importándoles un bledo el perjuicio que, con su conducta, ocasionan al pueblo en general dejándole completamente abandonado y colocándole en situación la más lastimosa.

Luego á esos hijos pródigos del pueblo les extraña que haya quien, interesándose para poner fin á tanto abuso, se entretenga publicando una serie de artículos encaminados á demostrar de que se han *perdido* ó defraudado tantos ó cuantos miles de pesetas, llegando á suponer si asciende á 99 mil.

Ojo, pues, nuestro colega *La Razón* en calumniar ni denigrar á nadie, porque podría costarle caro, principalmente aquello de 99 mil, pues según nuestra mentada relación está muy equivocada.

¡Ojalá fueran 99 únicamente!

SEGUNDA DE ABONO

Motivos de conveniencia mal entendida acompañada de fines nada altruistas y si palmariamente mercantiles, fueron la causa que obligó al dueño del *coto*, gran *pope* de la secta liberal de la provincia conocido por el marqués de casa Bordoy, á tomar la extrema determinación de nombrar *cachetero* del distrito al mayordomo encargado de la *vacada* ó ganadería, conocido por Pepe el *Permanente*, con la expresa condición de nombrar primer espada al *diestro* Jaime (a) el *Segunda convocatoria*, conservador y depositario fiel de las tradiciones que el liberal arte del toreo cuidadosamente mantiene.

Como el mundo está plagado de calamidades, ambiciosos y gente que no se conoce á si mismo, no le fué difícil al *Permanente* encontrar solución al enigmático geroglífico y, efectivamente, como buen conocedor del percal buscó el punto débil del futuro *diestro*; hombre interesado en aparecer modesto pero interiormente con una dosis exagerada de orgullo y petulancia, terreno abonado para que el otro, con dos pases de muleta, un recorte y una regular faena con el trapo, tuviera más que suficiente para deslumbrar al novel *Capote de Cabeceira*, aceptando incondicionalmente tan preclara distinción, dejándose llevar de su belicoso instinto ó en tecnicismo tauromáquico, de su sangre torera.

En anteriores temporadas el esforzado émulo de Cúchares había obtenido ventajosas contratas, pero como trabajaba en calidad de agregado, no pudo lucir sus méritos, no siendo conocidas sus relevantes cualidades hasta que llegó á conseguir que su antecesor fastidiado por las martingalas é informalidades á que unos y otros se prestaban de una manera solapada, se retiró, doliéndose de que sus amigos le trataran con tan poca consideración, llegando al extremo de manifestar públicamente sus sospechas, de que el dimisionario subvencionaba á cierto periódico que se distingue por sus rudos ataques á todo el personal que compone la cuadrilla. Sólo después de retirado su antecesor logró que su fama se extendiese por los ámbitos comarcales al punto que se le considera como uno de los mejores toreros de invierno.

No contó que la dicha es pasajera y que su nombramiento despertaría mal reprimidas ambiciones y así fué, puesto que dentro del personal á sus órdenes hay quien se cree con más derechos á tan elevado cargo, invocando su no resellamiento y la mutua cordialidad que debe estrechar los vínculos de familia.

Semejante preterición no la esperaba el *Rubio* (a) el *Disgustao*, ni el *Permanente* debía postergar á su *cuñao*, con lo cual hubiera evitado algunos desplantes y nuevos disgustos entre el personal de la cuadrilla.

Tan estrafalario proceder nos llenó de asombro, toda vez que el *Permanente* no oculta su opinión referente á los dos, que expresada de una manera concisa es la siguiente: El primero no tiene talla para ocupar dentro del arte el sitio que ocupa, no es más que un mal novillero que en todos los asuntos está á la altura de una zapatilla. Respecto al segundo confiesa que es un buen muchacho, no muy *bragao* en esta clase de trasteos y por lo tanto sin méritos para tomar la alternativa, si bien reconoce que tiene personalidad propia por estar inscrito en el registro del personal que con arreglo á lo prevenido debe llevarse, condición que no reúne el primero, por cuya causa, todo el personal le considera como un intruso con pretensiones, no contando entre sus compañeros de lidia con más apoyo, que el que le presta Antonio de la *Almendra* (a) *Cinco mil bis*, funesto mono-sabio que por su prosopopeya huera cuando no conocían su trabajo le consideraban con sobrados méritos para desempeñar aunque fuera la presidencia de un flelato de *buots*, más hoy que le han visto el juego, se le juzga incapaz de cua-

drarse ante la fiera, aunque de antemano sepa que está embalsamada y carece de cédula.

El apoyo, simulado, que le prestan los banderilleros Jaime, el *Macatón* y los hermanos *Ultima cosecha*, así como el *picador* Pepe el *Cedulaire* y demás cohorte de mudos impertérritos y momias vivientes, no bastarán á librarle del peligro constante que se cierne sobre su melenuda cabeza, y que el menor descuido, apesar de trabajar con *burladeros*, puede costarle algún *cardenal* á su seráfica fachada. El día que esto ocurra, los culpables serán aquellos que en lugar de sentir amor hacia á su temerario *diestro* sienten sólo animosidad que les convierte en *Caines*, que al igual que los espúreos *sayones* son capaces de consentir que se flagele el depauperado cuerpo de su *enciclopédico* señor.

La ocasión no tardó en presentarse, y, con circunstancias agravantes. Puestos de acuerdo el *Permanente* y el *diestro*, acordaron celebrar nada menos que en viernes la segunda corrida de abono, no dando crédito á lo que dice el refrán: «de que ni en viernes ni martes no te cases ni te embarques», más cual sería su sorpresa al presenciar lo que lacónicamente vamos á referir.

Todo estaba preparado, el personal con su llamativa indumentaria, los imprescindibles mansos en mayoría, los estoques afilados y el público impaciente, ansioso de oír la palabra. ¡¡A la plaza!! De pronto y cuando nadie lo esperaba se adelanta uno de los encargados de dar martirio á los mansos y presenta un ultimatum al espada, firmado por los encargados de enchiquerar á la fiera, solicitando que se diese posesión á un individuo que el público *soberano* había hecho contratar á la empresa: Se conoce que este banderillero no sería del agrado del *diestro* puesto que sólo contestaba con evasivas. En esto, uno de los del chiquero, que se distingue por su campaña en pro de los intereses de sus compañeros, y del público concurrente á las corridas, sin duda por distracción cogió la *puya* con brio, arremetió contra el *diestro*, el cual asustado por tan elocuentes datos se metió en el burladero no atreviéndose á salir, apesar de los *guiños* que dirigía á los mansos, los cuales asustados lloraban, enjugándose las lágrimas con papeletas de consumos que decían, «última cosecha».

Sólo el *cuñao* del Pepe presenció sonriente tan jocosa escena.

Lo cosa hubiera tenido funestas consecuencias si los lloriqueos de todos los presentes no hubiesen ablan-